

Día 21. Alegría del encuentro con Cristo vivo

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre de todos los que viven, concédeme la luz del Espíritu Santo para saber reconocer a tu Hijo Jesucristo vivo y resucitado, y alegrarme de su gozo y gloria.

MEDITACIÓN:

Después de haber dedicado unos días a la meditación de la Pasión del Señor, escuchemos ahora uno de los relatos de las apariciones de Jesucristo Resucitado:

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». (Jn 20, 19-22)

Vemos a los pobres apóstoles encerrados en la casa al anochecer de aquel día, con las puertas y ventanas cerradas por miedo a los judíos, y todavía abatidos por la tristeza de lo sucedido. Sabemos, por el testimonio de otros evangelistas, que no fueron capaces de creer a los que lo habían visto vivo...

En aquel momento entra el Señor y se pone en medio de ellos, a la vista de todos, y les habla; y les enseña las manos y el costado. Y dice el evangelista que «se llenaron de alegría al ver al Señor». ¿Es posible que fuera el mismo que fue crucificado, muerto y sepultado? Parece evidente, ya que les muestra las mismas heridas que aquel día limpiaron Nicodemo y José de Arimatea, y que su Madre besó y tocó y acarició con su cuidado y amor maternal... Son las mismas, pero ya no derraman sangre, sino luz y gloria... Y es Él, es el mismo cuerpo que tantas veces han visto y tocado y abrazado... el mismo que envuelto en lienzos fue puesto en el sepulcro, y ahora está en pie, en medio de ellos, que ha llegado a través de puertas cerradas, como si ya no estuviera sometido a leyes de espacio o tiempo... Esto, tan natural para nosotros ahora, qué incomprensible era para los once entonces. Pero no podían dudar de que fuera Él: «Paz a vosotros», ha dicho, y eso es lo que Él les enseñó a decir a sus discípulos cuando fueran a anunciar la Buena Noticia...

Entonces comprendieron, quizá sin comprender del todo: ¡es el Señor, y nos trae la Buena Noticia! Y sucede en sus corazones lo que ya les había dicho que pasaría: «Dentro de poco ya no me veréis, pero dentro de otro poco me volveréis a ver» (Jn 16, 16); y lo que dijo un poco después: «Ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16, 22).

Y es necesario y urgente que entendamos esta última frase de Jesús como dirigida a nosotros hoy y ahora, porque en esto debemos fundamentar nuestra vida cristiana. Y nos ayudará igualmente escuchar lo que el Papa Francisco nos dice en su encíclica *Dilexit nos*:

Ese Cristo con el corazón traspasado y ardiente, es el mismo que nació en Belén por amor, es el que caminaba por Galilea sanando, acariciando, derramando misericordia, es el que nos

amó hasta el fin abriendo sus brazos en la cruz. En definitiva, es el mismo que ha resucitado y vive glorioso en medio de nosotros.¹

Necesitamos, quizá hoy más que nunca, tomar conciencia de que Jesucristo, aquel a quien llevamos tres semanas contemplando, aquel que «tuvo» poder para entrar en la casa de Jerusalén con las puertas cerradas y mostrarse a sus discípulos, es el mismo que hoy está vivo entre nosotros, que nos ama, nos vivifica, nos sigue regalando su Espíritu Santo y su paz y, como a los once, viene continuamente a nosotros «para alegrar nuestro corazón» con una alegría que ya nadie nos puede quitar. Porque no se trata de un estado de ánimo, un sentimiento o una emoción, sino una constante que no es otra cosa que la certeza de que está a nuestro lado y es un corazón vivo al que queremos consagrarnos.

Si Cristo ha resucitado, si ha vencido a la muerte, significa que ya tampoco nosotros estamos sometidos a su poder. Las puertas del cielo se han abierto para nosotros por Él, por su cruz y por su sangre y, sobre todo, por su resurrección. Y el Papa Francisco, en este año de la Esperanza nos dice que, después de la muerte, «está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. (...) ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices.»²

Como diría san Ignacio de Loyola, no dejemos de pedir la «gracia para alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gracia de Cristo nuestro Señor»³, pues es la alegría de la resurrección, alegría auténtica que nunca nos podrán arrebatarnos.

PROPÓSITO:

Jesús, enséñame hoy a transmitir a alguna persona triste el núcleo de la alegría cristiana: Cristo, con su resurrección, ya ha vencido al mundo y ha vencido en nuestra vida.

JACULATORIA:

Corazón de Cristo, lleno de alegría de la resurrección, haz mi corazón semejante al tuyo.

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 51

² *Spes non confundit*, n.21

³ Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Libro de los Ejercicios*